diciones de la humanidad, poco cuidado deben inspirarle las leyes de la naturaleza; más aún, esta naturaleza debe ser por él atrevidamente negada. De ahí ese contraste de lo humano y de lo divino que constituye la base de la moral evangélica, y cuya huella intenta seguir M. Bauer, según ley fatal, en tada la historia del culto cristiano.

No quisiéramos contribuir á hacer tomar la obra de M. Bauer más en serio de lo que se merece. Se buscaría en vano en ella ese gran carácter de elevación y de calma que constituye la belleza del libro de Strauss. Se comprende y casi se excusa la blasfemia en las épocas en que, no siendo libre la ciencia, se venga el pensador de las trabas que sufre, por un irónico respeto ó por secretas cóleras. Pero no creemos que M. Baner haya tenido que sufrir bastantes persecuciones para que tenga derecho á emplear la forma tan declamatoria de que á veces se sirve. La independencia completa de la crítica es, por lo demás, el mejor remedio á semejantes extravíos. Cuando el historiador de Jesús sea tan libre en sus apreciaciones como el historiador de Budha ó de Mahoma, no pensará en injuriar á aquellos que no piensan como él. M. Eugenio Burnouf, no se ha encolerizado jamás con los autores de la vida fabulosa de Sakya-Muni, y ninguno de los modernos historiadores del islamismo ha experimentado muy violento despecho contra Aboulféda y los autores musulmanes que han escrito como verdaderos creyentes la biografía de su profeta.

IV

¿La tradición israelita tiene algo que enseñarnos sobre Jesús? Nada auténtico seguramente; y no es una de las par-

ticularidades menos sorprendentes de esta historia misteriosa el absoluto silencio guardado por los documentos contemporáneos, sean judíos, sean profanos, sobre un acontecimiento que para el porvenir se ha hecho extraordinario (1). La aparición del cristianismo parece haber sido en el seno del judaísmo un hecho apenas sensible, que no tuvo ninguna resonancia, no provocó ninguna reacción y del que no quedó ningún recuerdo. El Talmud, que resume todo el movimiento intelectual del judaísmo en la época de que hablamos, no encierra huella ciertamente apreciable de la influencia siquiera indirecta del Cristo. Pero en la Edad Media, cuando la Iglesia se puso como formidable enemigo ante la Sinagoga, fué menester tener un sistema sobre aquel extraño correligionario llegado á tan incomparables destinos. De ahí una leyenda extraña y que, como se comprende, no podía ser benévolo. Si la Iglesia hería con su anatema á los innovadores que osaban frente á ella formar sociedades religiosas, hasta cuando esas sociedades no amenazaban su propia existencia, ¿qué debía decir la Sinagoga de aquel que al crimen de heregía añadía el ser jefe de sus perseguidores?

Al introducirse la crítica moderna entre los israelitas, los hombres ilustrados del judaísmo han debido tener más curiosidad que nunca por formarse una teoría histórica sobre los orígenes del cristianismo y sobre la persona de Jesús. Por ciertos lados podían parecer mejores jueces que los cristianos; por otros eran recusables; y, en efecto, si se exceptúa al ilustre Moisés Mendelssohn y á algunos filósofos independientes, que más bien pertenecen al espíritu humano en general que á una secta determinada, los pensadores de la reli-

(1) Los pasajes del historiador Josefo relativos á Jesús y á los primeros cristianos, son añadidos, en opinión de los más hábiles críticos, ó cuando menos han sido retocados por una mano cristiana.—*N. del A.*

gión israelita no han podido sustraerse á cierta parcialidad, á menudo á cierto mal humor contra el fundador del cristianismo. No sólo no se dejan arrastrar tan fácilmente como nosotros—y esto se comprende—á idealizar á Jesús, sino que con frecuencia se complacen en buscar los rasgos aislados de la doctrina evangélica en los libros del Antiguo Testamento, crítica asaz mezquina, pues aunque se mostrase en detalle todas las máximas del Evangelio en Moisés y los profetas, yo sostendría todovía que hay en la doctrina del Cristo un espíritu nuevo y un sello original. Si la religión consistiera en cierto número de proposiciones dogmáticas y la moral en algunos aforismos, se estaría tal vez en lo cierto al decir que el cristianismo no es más que el judaísmo. Pero siendo los principios fundamentales de la moral en su mayoría siemples y de todos los tiempos, no hay descubrimiento que hacer en este orden de verdades; la originalidad se reduce en él á un sentimiento más ó menos delicado. Ahora bien, póngase en presencia el Evangelio y las sentencias de los rabinos contemporáneos de Jesús recogidos en el *Pirke avoth* y compárese la impresión que resulta de esos dos libros. El éxito, por lo demás, es aquí un criterio decisivo: el Evangelio ha convertido al mundo, mientras que es muy dudoso que las sentencias de los rabinos tuviesen por sí mismas bastante eficacia para ello.

El libro de M. Salvador (1) es la expresión más elevada de la crítica judía relativamente á la vida de Jesús. El asunto está más ampliamente concebido, la forma es más libre y más bella que en los escritos de Strauss y de los exégetas alemanes. No es ya una penosa controversia de teólogo; es una tentativa para explicar los orígenes del cristianismo, como todo gran hecho del espíritu humano, desde el punto

(1) *Jesús-Christ et sa doctrine*, París 1838.

de vista desinteresado. Desgraciadamente el autor que merece un lugar distinguido como filósofo y como escritor, deja algo que desear bajo el aspecto de la erudición y de la crítica histórica. M. Salvador no profundiza más que el judaísmo y aun no parece haber conocido los inmensos trabajos exegéticos de Alemania sobre los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, trabajos que han hecho en la ciencia de las antigüedades hebraicas una revolución tan completa. Si conoce muy bien la Biblia, Filon, el Talmud, hace poco uso de los apócrifos de origen judío y cristiano, así como de los primeros escritores cristianos.

Cuando se pasa de la lectura de Strauss á la de M. Salvador, impresiona el contraste de la crítica alemana, sutil, alada, siempre sospechosa contra la realidad, y el de esta otra crítica demasiado confiada, que acepta sin discusión todos los relatos del pasado. M. Salvador no tiene el sentimiento de las leyes delicadas que presiden á la formación de las grandes leyendas, leyes que es menester haber estudiado en aplicaciones muy diversas para comprenderlas bajo su verdadero aspecto. El Evangelio es para él una historia en la que se han revelado algunos elementos maravillosos; lo trata poco menos como Rollin y la vieja escuela trataban á Tito Livio, discutiendo como hechos reales las circunstancias del nacimiento de Jesús, de la huída á Egipto, etc. El relato de la Pasión es el único que admite un arreglo artificial, en que reconoce la intención de representar los sufrimientos ideales que habían excitado, según la interpretación mesiánica, las lamentaciones de los profetas. «Esta parte de los cuadros evangélicos, dice, tiene mucho menos del carácter de la historia que de la pasión y del drama, que descuida, según sus conveniencias, las condiciones de los tiempos y de los lugares, y que sacrifica todos sus personajes secundarios, sean reales ó inventados, á la idea dominante del asunto y á su

más elevado personaje.» Después evidencia como dos de los principales actores de la Pasión, Pilatos y Barrabás, han visto desnaturalizado su carácter por las necesidades de la leyenda. M. Salvador ha rozado aquí la explicación mítica, pero sin darse cuenta de ello, y guiado además por una mira interesada que no disimula, la de librar á sus correligionarios del papel poco honorable que los evangelistas les hacen representar en la Pasión. Aparte de esto, M. Salvador se considera siempre en plena historia. Si no cree que Jesús haya dejado escritos de su mano documentos sobre su vida y su doctrina (cosa que no obstante no le sorprendería mucho), admite á lo menos una tradición oral de los primeros discípulos que tiene un valor vigoroso. Si Strauss duda demasiado, es cierto que M. Salvador duda demasiado poco. Los hechos primitivos de las grandes apariciones religiosas que se dan todos en la región espontánea del espíritu humano, no dejan huella alguna. Las religiones, ni tampoco el hombre individual, se acuerdan de su infancia: para el ser vivo no comienza la concieneia sino cuando es adulto y desarrollado, es decir, cuando los hechos primitivos han desaparecido para siempre.

En cuanto al asunto de los origenes *doctrinales* del cristianismo, M. Salvador lo ha tratado de una manera satisfactoria en general.

A su parecer todos los antecedentes del cristianismo se encuentran en el judaísmo, modificados por Oriente después del cautiverio, y por Grecia después de Alejandro. El judaísmo es como el huevo en que la nueva religión en un principio se nutrió y formó, antes de mostrarse en pleno día y de vivir propia vida. Grecia no ha podido obrar sobre Jesús más que por la influencia indirecta que había ejercido sobre el judaísmo, influencia que no hay que exagerar en lo que convine al judaísmo palestino. Casi no hay un elemento

importante en el cristianismo primitivo que no se encuentre en Filon, en los Esenios ó en la doctrina ortodoxa de la Sinagoga. La idea fundamental de la secta naciente—reconducir á Abraham toda la raza de Adán,—idea que encerraba el secreto del proselitismo cristiano, y por consiguiente todo el destino de la Iglesia se encuentra en el *Tratado de la Nobleza* en el que Filon desarrolla como filósofo y como cristiano la verdad de que la nobleza deriva de la virtud individual y no de la sangre de Abraham.

La cuestión de las artes teúrgicas y de los milagros en general, la del milagro de la resurrección en particular, el papel de Simón el Mago y aun otros episodios, son tratados por M. Salvador con mucho primor y razón. La crítica del relato de la Pasión es notable, sobre todo por la precisión que en ella emplea el autor, por el atrevimiento de los puntos de vista que despliega y la singular controversia á que va unida. En su obra sobre las *Instituciones de Moisés y del pueblo hebreo*, M. Salvador había intentado ya la apología del consejo judío que condenó á Jesús. A creerle, el sanedrín no había hecho otra cosa más que aplicar las leyes existentes: Jesús mismo había buscado la muerte, y desde que no se le consideraba más que como ciudadano (tal debía ser necesariamente el punto de vista de los judíos), la merecía. «El interés de la pureza religiosa de la historia exige que se repita bajo todas las formas que la escuela cristiana no es en modo alguno aceptable, cuando reduce lo que respecta al consejo supremo de los judíos, en aquel solemne conflicto, á una cuestión de baja celosía, á un asunto de tribunal; cuando ha aplastado á la nación judía, á la que debía la vida y de la que se ha apropiado los más bellos ornamentos, bajo el pretexto del crimen voluntario que los antiguos habían cometido, pronunciando contra Jesús una sentencia que había sido anunciada con anticipación y provocada por toda la teoría del maes-

tro sobre el cumplimiento de las escrituras. En esto, la escuela entera del cristianismo nazareno ó galileo ha dado al mundo la prueba innegable de que llevaba consigo los signos característicos de una secta ó partido; ha dado la prueba de que su misión, hasta en su brillo más legítimo, más feliz, no ofrecía, sino una especialidad; ha dado la prueba, en fin, de que el juicio universal de las cosas y de los hombres, el reino del Dios de los profetas, del Dios de verdad, sin iniquidad, no pertenecía exclusivamente ni al período más ó menos prolongado de sus pruebas y de su dominación, ni al fondo de su naturaleza.»

El escándalo que afectaron algunos espíritus rígidos cuando M. Cousin en una de sus más espirituales concepciones se atrevió á tomar la defensa del tribunal que condenó á Sócrates, sostener que Anytus era un ciudadano recomendable, el areópago un tribunal equitativo y moderado, y que si algo debía mancillar era el que Sócrates hubiera sido acusado tan tarde y no hubiera sido condenado por una mayoría más respetable, este escándalo, digo, no fué nada en comparación del que promovió M. Salvador defendiendo á Caifás y al sanedrín condenados desde tanto tiempo por la conciencia cristiana. En esta ocasión fué cuando M. Dupín el mayor emprendió en la *Gazzette des Tribunaux* la revisión del proceso de Jesús (1). Nada faltó á la pluma del abogado liberal para motivar una apelación en casación: agentes provocadores, dolo, *brigada ebria*, libertad individual violada sin mandato de detención, secuestro de personas, interrogatorio capcioso, acumulación de funciones de acusador y de juez en la misma persona, usurpación del poder ejecutivo sobre el poder judicial. En cuanto á nosotros, Dios nos libre de admitir sobre tal cuestión otro parecer que el del mismo Jesús. *Era preciso que el hijo del hombre muriera.* Sin esto no hubiera repre-

(1) *Jesús devant Caiphe et Pilate.* París 1828.

sentado el ideal del prudente, odioso á los supersticiosos como á los políticos, pagando con su vida su belleza moral. ¡Una muerte vulgar para coronar la vida de Jesús! ¡Qué blasfemia!... En cuanto á investigar lo que pasó en el alma de los que le condenaron, es esa cuestión vana y estéril, dado caso de que no fuese insoluble. ¿Quién sabe si es digno de amor ó de rencor? ¿quién puede analizar lo que pasó en el fondo de su corazón? El que dice como Caifás: *Expedit unum hominem mori pro populo*, es ciertamente un político detestable, y sin embargo, ¡triste es decirlo! puede ser un hombre honrado. Más de una vez la historia ha dado razón al tiempo mismo á los perseguidos y á los perseguidores, y sin duda, en la vida eterna los perseguidos darán gracias á los perseguidores por haberles procurado por el sufrimiento el sello de la perfección.

V

Si renunciando á los hábitos de espíritu que nos familiarizan con las maravillas, reflexionamos entonces en el destino de los reveladores que la conciencia religiosa ha elevado por encima de la humanidad, quedaremos presa de asombro y comprenderemos por qué, objetos de un amor ó de un odio fanáticos, llegan tan tarde á obtener en la historia su verdadero lugar y el que merecen á los ojos de la crítica. Mil motivos de respeto y de timidez impiden que la discusión racional se ejerza libremente acerca de ellos, y hacen en el fondo su posición ante la ciencia más desfavorable que ventajosa. Parecen excluídos de la humanidad, y el silencio que respecto de ellos se guarda engaña á veces sobre la importancia de su papel. Una historia de la filosofía en que Platón

ocupara un volumen debería, según parece, consagrar dos á Jesús; y sin embargo hay más de una historia de la filosofía en la que este último nombre no es pronunciado una vez. Tal es la suerte de todo lo que ha llegado á una consagración religiosa. ¡Cuánto no ha sufrido el cuerpo de la *literatura hebraica*, por ejemplo, á los ojos de la ciencia y del gusto, convirtiéndose en la *Biblia!* Sea mal humor, sea resto de fe, á la crítica científica y literaria le es penoso considerar como formando parte de su dominio las otras que han sido así secuestradas en provecho de la teología. ¿El autor de este encantador poemita que se llama el *Cantar de los Cantares*, podía sospechar que un día se le sacaría de la compañía de Anacreonte para hacer de él un inspirado que no ha cantado más que el amor divino? Es tiempo de que la ciencia se acostumbre á tomar su fortuna donde quiera que la encuentre. La vieja filosofía, que parecía conceder á los teólogos que las religiones constituyen un orden aparte del que la ciencia no ha de preocuparse, estaba inclinada á considerarlas como torres enemigas elevadas por una potencia rival. Siendo más atrevido se sería más respetuoso, ¿pues cómo la razón podría ser severa ó desdeñosa con alguno de los productos del espíritu humano, desde el momento en que se ha reconocido en todos ellos sin distinción ni antítesis?

Cuando los críticos se hayan colocado resueltamente en este punto de vista Jesús les aparecerá como el más extraordinario, y le parecerán excusables aquellos que maravillados por tanto misterio le han proclamado Dios. ¡Extraño destino, bien propio para hacer tocar con el dedo las maravillas del mundo de los espirituos, el de un hombre obscuro (la misma ortodoxia no nos impide emplear esta palabra), autor de la revolución más grande que haya cambiado la faz de la humanidad, convertídose en la juntura de dos páginas de la historia, amado hasta el furor, atacado hasta el furor, tanto

que no hay escalón de la escala moral en que no se le haya puesto! Salido de un pequeño cantón muy exclusivo en cuanto á la nacionalidad y muy provincial en cuanto al espíritu, se ha convertido en el ideal universal. Atenas y Roma lo adoptaron, los bárbaros cayeron á sus pies, y hoy aun el racionalismo no se atreve á mirarle un poco fijamente, sino de rodillas ante él. Sí, quien quiera que haya sido, su fortuna ha sido más sorprendente aún que él mismo.

Que aquellos que circunscriben las potencias del humano espíritu á los estrechos límites del vulgar buen sentido; que aquellos que no conciben la altiva originalidad de las creaciones espontáneas de la conciencia, que esos tales se guarden de abordar semejante problema ó se limiten á aplicar á él la cómoda solución de lo sobrenatural. Para comprender á Jesús es menester estar endurecido á los milagros; es preciso elevarse por encima de nuestra edad de reflexión y de lento análisis para contemplar las facultades del alma en este estado de fecunda é ingenua libertad, en que desdeñando nuestras penosas combinaciones, alcanzaban su objeto sin mirarse á sí mismos. Aquella era la edad de los milagros psicológicos; recurrir á una intervención sobrenatural para explicar hechos que son imposibles en el estado actual del mundo, es probar que se desconoce las fuerzas ocultas de la espontaneidad. Cuanto más se penetre en los orígenes del espíritu humano, más se comprenderá que en todas los órdenes el milagro no es más que lo inexplicado, que para producir los fenómenos de la humanidad primitiva no ha sido necesario un Dios inmiscuyéndose siempre en la marcha de las cosas, y que estos fenómenos son el desarrollo regular de las inmutables leyes de la razón y la perfección.

Es preciso desesperar ciertamente de llegar jamás á la completa inteligencia de apariciones sorprendentes, que la falta de documentos, más aún que lo misterioso de su natura-

leza, envolverá para nosotros en eterna obscuridad. En la solución de los problemas de un orden tan elevado, la hipótesis sobrenatural y las hipótesis naturales demasiado sencillas (las del siglo XVIII por ejemplo) en las que todo es reducido á las proporciones de un hecho ordinario de impostura ó de credulidad, deben ser igualmente rechazadas. Si se me propusiera un análisis definitivo de Jesús más allá del cual nada pudiera buscarse, lo recusaría; su misma claridad sería la mejor prueba de su insuficiencia. Lo esencial aquí no es explicarlo todo, sino convencerse de que con más antecedentes todo sería explicado.

Pues bien, esto es lo que el estudio comparado de las religiones y de las literaturas demuestra superabundantemente al espíritu iniciado en los procedimientos de la crítica. El Oriente no ha conocido jamás la grandeza puramente intelectual, que no tiene necesidad de milagros. Hace poco caso de un sabio que no es taumaturgo. Jamás ha llegado á la perfecta claridad de conciencia; ha visto siempre la naturaleza y la historia con los ojos del niño. Este mezcla instintivamente sus impresiones á sus relatos; no sabe aislar las cosas del juicio que ha formado de ellas y de la manera personal como las ha considerado; no refiere los hechos, sino las imaginaciones que se le han ocurrido á propósito de los hechos, ó más bien aún, se refiere él mismo. Toda fábula que sonríe á su capricho es aceptada por él; él mismo las improvisa extrañas y después se las afirma. Tal fué el estado del espíritu humano en las épocas de ingenuidad. La leyenda nacía por sí misma y sin premeditación mentirosa: tan pronto nacida, tan pronto aceptada, crecía como la bola de nieve; no había allí crítica alguna para contrastarla. Importa hacer notar, en efecto, que el milagro no se presentaba entonces como sobrenatural. El milagro era el orden habitual, ó más bien no había ni leyes ni naturaleza para hombres extraños á nuestras ideas de ciencia experimental, que por doquiera veían la acción inmediata de agentes libres. La idea de leyes de la naturaleza sólo aparece más tarde, y no es accesible más que á inteligencias cultivadas. Aun hoy los simples admiten el milagro con extrema facilidad. No es, pues, solamente en el origen del espíritu humano cuando la imaginación se deja prender en los encantos de lo maravilloso: la fecundidad legendaria dura hasta el advenimiento de la edad científica, disminuyendo sólo de potencia, dominada como está más y más por el cuidado de la realidad.

La aplicación de estos principios á Palestina se deja entrever fácilmente. El pueblo judío, sobre todo, después de la cautividad de Babilonia, estaba poseído del ideal del Mesías, al principio vago, indeciso, que desaparecía por momentos, pero que reaparecía siempre más enérgico y más caracterizado. Lo entrevé primero como el salvador que le devolverá su templo y su patria, como un rey modelo, compuesto con los recuerdos de David y de Salomón, que hará de Israel el centro del mundo. Después, cuando crueles humillaciones obligan á aquel pequeño pueblo sorprendente á reconocer su debilidad material, el tipo del libertador se complica con el del profeta sufriente y víctima. Ya no es sólo el rey perfecto rodeado de una aureola de gloria y de sabiduría; es el hombre de dolores, muriendo y triunfando por su muerte.

¿Se comprende qué acción debió ejercer sobre la fe ardiente de un pueblo que no vivía más que en el porvenir tal imagen empollada durante siglos y que resumía todas sus aspiraciones? Si es cierto, como creía la antigua fisiología, que la mujer imprime al niño que lleva en el seno la marca de sus deseos y de su pensamiento, ¿qué no debió producir en el seno fecundo de Israel un ideal tan persistente? Aquella larga gestación de seis ó siete siglos debía dar su fruto. Y en efecto, cuando la dominación romana hubo acabado de